

ranza», había relatado sus experiencias personales —enormemente interesantes por su doble condición de periodista y militante— de dos días claves: el primero y el último de la guerra. Puede considerarse que «El año de la victoria» —G. del Toro, editor. Madrid, 1974— es una continuación del anterior, en cuanto relata su larga y trágica aventura a partir del momento en que salió del puerto de Alicante —donde, en unión de algunos millares de personas, había esperado en vano la llegada de navíos que les sacaran de España— hacia un campo de concentración.

Eduardo de Guzmán, con el estilo directo y claro propio de un periodista, y con una admirable limpieza de odio o de rencor, depurada su memoria personal de tantos sufrimientos por una neutralidad profesional, de reportero al mismo tiempo que de objeto del reportaje, no hurta ni esconde nada de lo que sucedió a aquellos que perdieron la guerra. Ni nombres, ni fechas, ni hechos. Y todo escrito con la frescura de quien relata algo que acaba de suceder; sin velos de literatura, sin excesos de decantación. Este modelo de reportajes es probablemente el libro más crudo de los que se han publicado hasta ahora en España, desde la óptica de los vencidos.

El largo silencio de Eduardo de Guzmán durante todos estos años se ha roto. Se están rompiendo muchos silencios en esta época, y es algo que debemos apuntar al activo de quien, como relator de la guerra civil y sus alejados históricos, no ha ocultado nunca sus puntos de vista, muy contrarios a los que exponen Eduardo de Guzmán y unos cuantos memorialistas de nuestros días: Ricardo de la Cierva, que desde la Dirección General de Cultura Popular está dirigiendo este desbloqueo de fondos testimoniales y documentales, como una iniciación a algo que puede ser enormemente importante si

prosigue, si no se desvirtúa: el conocimiento de unos hechos que pueden tener un valor preventivo y político; es decir, no solamente como referencia al pasado que describen, sino con respecto al futuro.

Esperemos que Eduardo de Guzmán no sea interrumpido en esta labor de memorialista y de documentalista, como ha hecho en «1930» (Tebas, ver TRIUNFO, núm. 602); tienen mucho que contar, mucho que decir. Y sabe cómo hacerlo. ■ H.

### Teatro del argelino Kateb Yacine

Es lógico que, en el prólogo, Miguel Bilbao subraye cuanto hay en las obras de Yacine de exaltación de la independencia, de manifestación de la lucha de Argelia contra sus colonizadores. Los textos publicados —Colección Teatral de Cuadernos para el Diálogo— dan pie para ello y se inscriben, sin la menor duda, en el cuadro general de esa lucha. Pero, esto dicho, sospecho que «El círculo de las represalias» descansa en una serie de valores culturales y en una mitología que apenas si logramos rozar en la lectura.

En el prólogo se transcribe un amplio juicio de Edouard Glissant, prologuista a su vez de la edición francesa, en el que se dice, a propósito del teatro de Yacine, que «se trata, en el mejor sentido de la expresión, de un realismo poético». Simultáneamente, a lo largo de toda la introducción se señala la acertadamente que Yacine hace cuanto puede para zafarse de los modelos culturales de la colonización e intentar un teatro popular argelino.

Sentadas estas dos premisas, y siendo nosotros gentes formadas dentro de la tradición burguesa europea —es decir, la «colonizadora» de Argel—, nada más lógico que nuestra dificultad para entender ese realismo poético, cuyas no explícitas bases

vivenciales y míticas se nos escapan.

Esto ocurre, me parece, muy a menudo, cuando un europeo ha de enfrentarse con el teatro del Tercer Mundo. Puede establecerse, sin dificultad, una solidaridad o un rechazo ideológicos con tal o cual obra, un sentimiento de simpatía o antipatía en función de la posición del autor en las luchas de su comunidad. Tenemos, en fin, en la mano, una serie de argumentos inequívocos para interesarnos o desinteresarnos políticamente ante las distintas obras del Tercer Mundo. Ahora bien, salvada esta explicable categoría, ¿qué nos transmite o puede transmitirnos, si su poética se asienta en valores culturales y esquemas vivenciales que nos son ajenos? Aparece aquí una lógica impotencia que nuestra condición política intenta las más de las veces ocultar. Decir que uno está por los oprimidos, por los derechos de expresión de las culturas sojuzgadas y, a la vez, reconocer que se nos escapa buena parte de sus obras parece una contradicción que, por supuesto, no existe en absoluto.

En TRIUNFO he hablado alguna vez del desencanto producido en el último Festival de Nancy por espectáculos latinoamericanos seleccionados con la mejor intención política. En algún caso y en alguna medida, quizá eran, simplemente, malos, pero lo que fundamentalmente ocurría es que sus valores estéticos se derivaban de una realidad histórica y social distinta. Y sabido es —ésta es la historia del arte, su diversa manifestación según la época y circunstancia— que los valores estéticos, por abstractos y permanentes que a muchos parezcan, están siempre ligados a las contingencias de la sociedad.

Creo yo que éste puede ser un buen e inhabitual comentario de unas obras de Yacine. Declarar que pertenecen a otra tradición estética, a la que sólo superficialmente podemos acceder, máxime si, tra-

tándose de teatro, me he de conformar con la lectura. Y que en estas condiciones, aparte de asomarnos a los textos con el interés que provoca la cultura de un pueblo como el argelino, lo sensato es renunciar a cualquier juicio, y subrayar lo muy cuestionable de ese magisterialismo crítico que tantas veces, nos seguimos reservando ante el arte de mundos no sólo histórica y socialmente ajenos, sino agudamente rebeldes contra ese magisterialismo. ¿Cuándo comprenderemos que nuestros «gustos» no son otra cosa que el resultado de un proceso histórico y de clase? ¿Cuándo aceptaremos que no podemos ser jueces del arte de los pueblos que cuestionan ese proceso? El hecho —y este sería el nudo del problema— de que nosotros también lo cuestionemos, no resuelve el problema, porque el «realismo poético» no se alimenta sólo de argumentos, y nuestro transcurso está repleto de esos datos que, aun rechazados, constituyen el fondo inesquivable de nuestras referencias, de nuestro modo, por ejemplo, de concebir dramáticamente el tiempo y el espacio. Es seguro que el gracioso «desorden» dramático de «El polvo de la inteligencia», su magia de farsa infantil y de cuento de «Las Mil y Una Noches», tendrá en el espectador popular argelino unas resonancias, una intención y, quizá, una frescura de las que sólo nos llega una mínima e intelectualizada parte... ■ JOSE MONLEON.

### Lenguaje infantil y afasia

En 1941, en plena guerra europea, se publicó en Upsala, en alemán, un libro titulado «Kindersprache, Aphasie und allgemeine Lautgesetze» («Lenguaje infantil, afasia y leyes fonéticas generales»). Su autor era un ruso nacido en Moscú en 1896 y llamado Roman Jakobson.

Cofundador y presi-

dente del Círculo Lingüístico de Moscú entre 1915 y 1920, Jakobson había desempeñado un importante papel en la gestación de la escuela de formalistas rusos. En 1920, se había establecido en la capital checa, donde, tras abandonar poco a poco las posiciones formalistas para acercarse al estructuralismo, había participado activamente en la fundación, en 1926, junto con otros dos rusos —Nikolaj Trounetzky y Serge Karcevskij— del famoso Círculo Lingüístico de Praga. En esta ciudad había publicado Jakobson, entre otros, dos trabajos de enorme importancia para el desarrollo de los estudios fonológicos: «Observaciones sobre la evolución fonológica del ruso» (1930) y «Observaciones sobre la clasificación fonológica de las consonantes». En esta última obra, que lleva la fecha de 1939, se encuentra ya esbozada la teoría de las oposiciones binarias, que tanta influencia iba a tener no sólo en el campo de la lingüística, sino, a través sobre todo de Lévi-Strauss, en los estudios estructuralistas en general.

A raíz de la invasión de Checoslovaquia por los nazis en 1939, Jakobson se había visto obligado a huir a los países escandinavos, y allí, concretamente en Suecia, es donde escribe su mencionada «Kindersprache...», cuya traducción, junto a la de otros trabajos posteriores del mismo autor que vienen a ratificar, con algunas restricciones y matizaciones, las tesis principales sostenidas en aquella obra, acaba de ver la luz en España (1).

En «Lenguaje infantil, afasia...», Jakobson postula como tesis fundamental la existencia de un estrecho paralelismo entre el ritmo de la adquisición del lenguaje por el niño y el de su disolución en los individuos afectados de algún tipo de afasia. El aprendizaje del sistema y su disolución siguen

(1) Editorial Ayuso. Traducción: Esther Benítez.

un orden estrictamente inverso —más tarde, Jakobson matizará esta idea—, y es posible establecer las leyes generales —o, como dice Jakobson más modestamente, que «tenden a ser generales»— subyacentes a ambos procesos.

Basándose, por un lado, en su propia teoría, desarrollada a partir de los «Grundzüge» de Troubetzkoy, según la cual todos los rasgos pertinentes que pueden darse en la totalidad de las lenguas que se hablan en el mundo caben dentro de doce categorías, así como en el estudio del lenguaje infantil, del habla de individuos afásicos y del sistema fonético de lenguas diversas, Jakobson ha demostrado que ciertas oposiciones fonológicas extremas —entre vocales y consonantes oclusivas o entre vocales con apertura máxima y cierre máximo— son las más generales, se dan en todas las lenguas y son las primeras que adquiere el niño. Por el contrario, otras distinciones, tales como las que existen entre sonoras y sordas o entre dentales y velares, son más sutiles, no aparecen más que en ciertas lenguas y son, en cualquier caso, de adquisición más tardía. Estas últimas, menos estables que aquellas, son las primeras que pierde el individuo afásico.

En trabajos posteriores publicados en Gran Bretaña o en Estados Unidos, donde vive y enseña (Massachusetts Institute of Technology, Universidad de Harvard) desde 1942, Roman Jakobson lleva más lejos su intento de analizar los mecanismos generales del lenguaje e intenta aplicar al sistema gramatical sus investigaciones sobre el orden de adquisición y pérdida del lenguaje. Jakobson afirma que el lenguaje patológico se debe a un trastorno de la facultad de selección en el individuo (trastorno de la semejanza) o de la capacidad de combinación (trastorno de la contigüedad). A este respecto, elabora el lingüista